

lo miraba. Tras esto llovía una menuda grajea de anís con tal concierto, que á todos ponía espanto; toda la plaza anduvo desta manera, y como fué junto de los reales miradores, con gran sutileza fué abierta en ocho partes, descubriendo dentro un cielo azul hermosísimo, adornado de muchas estrellas de oro muy relucientes. Estaba puesto por su arte un Mahoma de oro, sentado en una silla, y en las manos una corona de oro, que la ponía sobre la cabeza del retrato de una mora en extremo hermosa, la cual traía sus cabellos sueltos como hebras de oro: venía vestida de brocado morado, toda la ropa acuchillada, y todos los golpes venían tomados con broches de diamantes y esmeraldas. La dama fué conocida de todos, que era la hermosa Cobayda. A su lado estaba sentado un caballero, vestido de la misma librea de la dama, y plumas moradas y blancas, con argentería de oro, y el remate dello lo tenía el retrato, que parecía estar preso. El caballero fué conocido que era Malique Alabéz, que habiendo sanado de las heridas que le había dado el maestro, quiso hallarse en las fiestas, y por la confianza que tenía de su destreza. El caballo era del maestro, y salió encobertado del mismo brocado, testera y penachos de la misma color. Grande fué el contento que todos recibieron en verle, porque le querían mucho, y mayor el gozo de su señora Cobayda, por ver el artificio y autoridad con que venía su retrato.

Todos esperaban que empezase Alabéz las suertes, por la satisfacción que dél tenían, el cual sé fué paseando poco á poco delante de su carro, por ser bien visto de todos; y en llegando adonde estaba la tienda del mantenedor, se detuvo, y le dijo: «caballero, conforme á las condiciones, ¿gustais de que corramos tres lanzas, que aquí traigo el retrato de mi señora?—Soy contento,» respondió Abenámár; y diciendo esto, tomó una lanza, y corrió con tan buen aire, que se llevó la sortija dentro de la lanza. Alabéz corrió é hizo lo mismo. En todas las tres lanzas se llevó siempre la sortija. Levantaron vocería, diciendo: «bravo caballero es Alabéz, pues no ha perdido lanza; buena joya merece.» Los jueces habían tratado que pudiesen juntos los retratos de Abenámár y Alabéz, pues ambos eran buenos caballeros, y que por su valor se diese á Alabéz una buena joya por la sutil y vistosa invención que trajo. Llamáronle, y venido luego pidió su retrato, y junto con él le dieron una navicilla de oro, con todos sus aderezos, y él la tomó, y al son de muchos instrumentos dió la vuelta á la plaza, y en llegando al mirador de la reina, en cuya compañía estaba la hermosa Cobayda, y poniendo la navicilla en la punta de la lanza y dándosela, la dijo: «servios, dama hermosa, desta nave, que va viento en popa como mi deseo.» Cobayda la tomó con rostro vergonzoso, que hermoseó mas su belleza. La reina miró la nave, y dijo: «por cierto que si navegais con tan buen piloto como el que la ganó, que os podeis tener por dichosa, aunque mereceis un rey.» Cobayda besó las manos á la reina por tanto favor. Alabéz se fué á su carro, y sentado como de antes, le pusieron la cadena al cuello al son de muchos instrumentos, y puesta se cerró la nube, comenzando á echar truenos y relámpagos con gran temeridad, que parecía querer quemar la plaza, y con esto se salió della. El rey dijo á los caballeros: «Alabéz ha llevado el lauro de todas las invenciones, porque la suya ha sido la mejor que he visto jamás.» Los caballeros respondieron, que no se había visto tal sutileza.

En saliendo la nube, entraron cuatro cuadrillas de caballeros muy galanes. La una cuadrilla, que era de seis caballeros, traía libreas de brocado rosado y amarillo, los caballos encobertados con la misma librea, con plumas y penachos de la misma color. La otra cuadrilla venía de brocado verde y rojo con la misma color, y penachos de la librea. La tercera cuadrilla venía de brocado azul y

blanco, recamado de oro y plata, adornados los caballos con la misma librea. La última cuadrilla venía de brocado amarillo y naranjado, con lazos y recamos de oro y plata, cubiertos los caballos de la misma librea. Entraron estos veinte y cuatro caballeros con adargas y lanzas, y en ellas pendoncillos de sus libreas, y entre todos hicieron un estremado caracol. Acabado, empezaron una brava escaramuza doce á doce, que parecía batalla entre enemigos; y acabada la escaramuza tomaron cañas, y divididos en cuatro cuadrillas, jugaron muy bien las cañas, y acabado el juego, fuéronse gallardeando al mantenedor, y le dijeron si quería correr una lanza con cada uno dellos. Abenámár respondió que si la correría. Finalmente, con todos veinte y cuatro corrió una lanza, y los quince ganaron joya, y al son de los instrumentos las dieron á sus damas, y se salieron de la plaza, dejando á la gente della contenta por haber visto su gentileza y galas. La una cuadrilla eran Azarques, y la otra Sarracinos, y la tercera Alarifes, y la cuarta Aliatares, toda gente noble y principal y estimada de todos. Los antepasados destes caballeros fueron vecinos de Toledo, de los pobladores, gente principal y estimada. Florecieron estos linajes en tiempo del rey Calafín, que reinó en Toledo: este tenía un hermano, que era rey en un lugar que se llamaba Belchiz, en Aragon; se decía Zaide, y tenía grandes competencias y guerras con un bravo moro llamado Atarfe, deudo muy cercano del rey de Granada; y habiendo hecho partes con Zaide y el moro Atarfe, el rey de Toledo, por manifestar la alegría que tenía de que su hermano y Atarfe fuesen ya amigos, hizo una fiesta solemne, en la cual se corrieron toros, y hubo un vistoso juego de cañas, y los jugadores dellas fueron estos cuatro linajes de caballeros, Sarracinos, Alarifes, Azarques y Aliatares, abuelos de los caballeros nombrados en el juego de sortija. Otros dicen que las fiestas que el rey de Toledo hizo no fueron sino para dar contento á una dama llamada Celindaja, á quien el rey quería mucho, y tomó por achaque las paces de su hermano Zaide con el granadino Atarfe. Sea por una de las dos causas, ellas se hicieron, como está dicho; y estos caballeros eran de aquella prosapia y sangre de aquellos cuatro linajes. La causa de vivir en Granada fué, que como se perdió Toledo, se retiraron á Granada; y de aquellas fiestas ya dichas, y del juego de cañas que se hizo en Toledo, quedó grande memoria, por ser las fiestas notables de buenas, y por ellas se dijo este romance:

Ocho á ocho, diez á diez,
Sarracinos y Aliatares,
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.
Publicó fiestas el rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del granadino Atarfe.
Otros dicen que estas fiestas
Sirvieron al rey de achaque,
Y que Zelindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas traían
Por empresas sus alfanes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letras fuego y sangre.
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un mote que dice así:
Tendrélo hasta que me canse.
Los Alarifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almazaras.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un bastón,
En que dice: Fuerzas valen.
Los ocho Azarques siguieron;
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo,
Y unas hojas por plumajes.
Sacaron adargas verdes,

Y un cielo azul en que asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
No pudo sufrir el rey
Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento en balde;
Y mirando á la cuadrilla
Le dijo á Zelín su alcaide:
«Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.»
Azarque tira bordones
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A dó suben ni á dó caen.
Si se alarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un grito: *Aia te gite,*
Y del rey un *Muerta, dadle.*
Zelindaja sin respeto
Al pasar, por rociarle,
Un pomó de agua vertía,
Y el rey gritó: *paren, paren.*
Creycron todos que el juego
Paraba, por ser ya tarde,
Y repite el rey celoso:
«Preñdan el traidor Azarque.»
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y lieros
A prender al moro salen,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Las otras dos resistían,
Si no les dijera Azarque:
«Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde.»
Rindían lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alean,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros canten;

Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo, para librarle,
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte:
Mas como falta candillo
Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos,
Y su motín se deshace;
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Sola Zelindaja grita:
«Libradle, moros, libradle;»
Y de su balcón quería
Arrojarse por librarle.

Su madre se abraza della
Diciendo: «¡loca, ¿qué haces?»
Muere sin dárlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Llegó un recado del rey
En que mandó que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Zelindaja: «digan
Al rey que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque;
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Así estas mismas divisas, motes y cifras sacaron las cuatro cuadrillas de los caballeros ya nombrados, como quien las había heredado de sus antepasados, y siempre se preciaron dellas. Pues habiendo salido de la plaza con bizarría, y alegres por haber visto su gala y buen parecer, entró un alcaide de las puertas de Elvira á gran prisa, y llegando á la presencia del rey, hizo el acatamiento debido, y le dijo: «un caballero cristiano ha llegado, y pide licencia á vuestra Alteza para entrar á correr tres lanzas con el mantenedor. — Yo la doy: entre, permitido es.» Luego volvió el alcaide, y abrió la puerta. En entrando por la plaza pusieron al punto los ojos en él y en su buen talle; y en solo su aspecto le consideraban victorioso y triunfante de los despojos ganados por Abenámár, y aun del retrato de su dama y de la estimada cadena. No hubo caballero ni dama á quien su vista no causara alegría. En la parte izquierda del capellar traía una cruz colorada, la cual daba ser y adorno á su persona. El cristiano caballero, poniendo los ojos en todas partes, dió vuelta á la plaza, y llegando á los miradores reales, hizo gran reverencia al rey, á la reina y á las damas: á él le hicieron mucha cortesía, y las damas se levantaron en pie.

Fué conocido de todos el caballero cristiano, que era el maestro de Calatrava, de cuya fama y hechos tenía el mundo entera noticia. El rey se alegró en saber quién era, y que hubiese venido á honrarle su fiesta. Habiendo pues dado vuelta á toda la plaza, llegó al mantenedor y le dijo: «en tantos despojos y joyas como veo á los pies dese hermoso retrato, cuya hermosura, noble caballero, dicen que defendeis, echo de ver el valor de vuestra persona; y así sois digno de que todos os honren y tengan en lo que se debe estimar tal caballero como vos. ¿Sereis servido de correr conmigo un par de lanzas, á ley de buenos caballeros, sin que haya interés de retrato?» Abenámár miró bien al caballero, y se volvió á Muza y le dijo: «este caballero me parece que es el maestro de Calatrava, con quien trabaste tanta amistad; pareceme que en la cruz roja le quiero conocer.» Muza puso los ojos en el maestro, y luego le conoció, y le fué á abrazar diciendo: «seais bien venido, flor de toda la cristiandad, y aun también de la morisma, pues aquí os conocen por las obras contra su voluntad; y en Castilla y todo el mundo sois conocido solo por oidas.» El maestro le abrazó, agradeciendo lo que en su alabanza había dicho. Abenámár se llegó á él, y le dijo que él se holgaría de correr dos ó tres lanzas con tal caballero. Y diciendo esto, corrió una lanza estremadamente, pero el maestro corrió la suya con mas ventaja. Finalmente, corrieron tres lanzas y todas las ganó el maestro. Todos entendieron que trajera retrato, pero no era miliciano de Cupido, sino de Marte; porque, en verdad, no puede ningún caudillo que pretende alcanzar honra por sus hazañas, entretenerse en amores; y si lo hiciera, su nombre será borrado de las memorias de todos.

Los jueces llamaron al maestro, y le dieron por premio la cadena de dos mil doblas de valor, pues no había traído retrato, que si lo trajera llevara el retrato y los despojos. El maestro recibió la cadena, y al son de la música que había en la plaza fué dando vuelta á toda ella, acompañado de todos los caballeros; y en llegando á los miradores de la reina, hizo una muy grande reverencia, y alzán-

dose en los estribos, besó la cadena, y se la dió, diciendo: «vuestra Alteza reciba esa niñería, que no hallo otra persona digna della. No estrañe vuestra Alteza mi atrevimiento, que licito es en tales actos recibir cualquiera joya.» Levantóse la reina y recebióla, y besándola se la puso al cuello, y haciéndole una mesura se volvió á asentar. El maestro inclinó la cabeza al rey, y se volvió con Muza y otros caballeros que le querían bien, por tener tanta fama en todo aquel reino, por las muchas entradas que hacía entre año, y de todos conseguía victoria.

A esta sazón, el muy valiente y esforzado Albayaldos, que tenía muy grande deseo de verse en batalla con el maestro para probar sus fuerzas, y porque el maestro había muerto á un dendo suyo con quien él tenía mucha amistad, se quitó del lado del rey con disimulación, y subió sobre una yegua bien aderezada, y acompañado de sus amigos se fué paseando adonde estaba el maestro y el valiente Muza; y contemplando el buen talle del maestro y su donaire, le dijo: «grande ha sido y es el gozo que todos hemos recibido, esforzado é invicto maestro, de verte tan galán y de fiesta, y fuera muy mayor mi contento si te viera con tus fuertes y lucientes armas, como otras veces te he visto en la Vega, y en ella tuviéramos los dos escaramuza, que ha días que lo deseo, y son dos causas las que me mueven: la una por el gran valor que la fama ha derramado por el mundo de tu persona, y el deseo que tengo de vencerte para ser el interesado en todo; la otra por vengar la muerte que le diste á mi querido primo; y por tanto tente desde hoy por desafiado, para que cuando fuere tu voluntad se ponga en ejecución mi deseo; y saldré con armas y caballo, y conmigo irá Malique Alabéz. Atentamente escuchó el maestro todo lo que le dijo el valeroso Albayaldos, y con rostro risueño le respondió así: «si te ha sido alegría el verme con traje galán, y gustaras mas de verme con armas, yo me holgaría infinito saber que esa era tu voluntad para venir prevenido, y que en aqueste día pusiéramos por obra lo que deseas: tu valor publican los cristianos que corren la Vega, y ahora lo confirmo en que me has desafiado. Dices tener deseo de verte conmigo por mi valor; otros muchos caballeros cristianos hay que honran mis hazañas, y con quien ganaras mas fama; y si te incita á tener escaramuza la vertida sangre de tu primo el rey Mabomad, como dices, sé decirte que no vi sentí en el punto de cobardía, sino que murió como caballero peleando; y pues tu gusto es de probar tus fuerzas con las mías, soy contento dello, y así mañana te aguardo en la fuente del Pino, donde estaré con solo un cristiano, padrino mio, que se llama don Manuel Ponce de Leon; y para que estés cierto de que no habrá otra cosa, recibe este guante en señal de la escaramuza aplazada.» Diciendo esto, le dió un guante derecho, y el moro lo recibió, y le dió al maestro un anillo de oro, que era su sello. Muza y los caballeros quisieron que no se hiciera la escaramuza, mas no quiso ninguno desistir de su palabra dada; y así quedó hecho el desafío entre los dos para el día siguiente.

CAPITULO XI.

De la batalla que Albayaldos tuvo con el maestro de Calatrava, y cómo el maestré le venció y dió muerte.

El desafío de los dos valerosos caballeros aceptado, por ser ya tarde se fué el maestro, habiéndose despedido de todos: dejémosle ir, y volvamos al fin del juego de sortija. Pues como ya se había puesto el sol, y no venía ningún caballero, los jueces mandaron á Abenámár, que dejase la tienda, pues no venía ningún caballero; que él lo había hecho como todos tenían la confianza, y que había ganado mucho nombre y ricos despojos y retratos muy

hermosos; pero que al fin el de su Fátima escedía á todos. El vencedor Abenámbar mandó quitar el aparador de las joyas, que aun quedaban muchas y muy ricas. Los jueces se bajaron del tablado y subieron á caballo, y pusieron en medio al fuerte Abenámbar y su padrino Muza, y con toda la caballería en su compañía, y al son de música dieron vuelta á la plaza, dándole mil parabienes de su victoria; y en llegando á los miradores reales de la reina, tocaron chirimías, dulzainas y atabales, y otros instrumentos, y dió á Fátima todos los despojos ganados en la sortija, diciendo: «toma, señora, lo que de derecho te toca, porque tu hermosura lo ha conquistado; y así es bien que lo goces y dispongas dello á tu gusto como tuyo. Fátima lo recibió todo sin responder, porque la vergüenza la ocupó; aunque con los ojos le dió mil gracias, cifra con que en tal caso los amantes se entienden. No fué poca la envidia que causaron á Galiana y á Jarifa ver los ricos trofeos en poder de Fátima, y mas les causó ver entre ellos sus retratos. Estaba Galiana muy triste e imaginando cien mil cosas, consideraba que Abenámbar habia ordenado aquellas fiestas por vengarse de su ingratitude; y mas lo sentia por ver ausente á Sarracino, que no volvió mas á la plaza. El rey, visto era tarde, se quitó de los miradores, y la reina, y se fueron al Alhambra.

Aquella noche cenaron con el rey todos los del juego de sortija, menos Sarracino, que fingió estar indispuerto. Con la reina cenaron las mas principales damas de la corte, en la cual cena hubo muy alegres fiestas y un sarao público. Danzaron todas las damas y caballeros con las libreas que habian jugado la sortija. Sola Galiana no danzó, porque estaba triste por la ausencia de su moro, aunque fingió estar indispuerta. Bien conoció la reina su pena, aunque lo disimulaba. Celima su hermana la consolaba lo posible, pero no admitia ningun consuelo, porque tenia el corazon muy lastimado. El que se aventajó á todos fué el fuerte Gazul con la hermosa Lindaraja, á quien él tanto amaba y ella á él; lo cual sintió mucho el fuerte Reduán de verse aborrecido de quien él tanto amaba; y ardiendo en rabiosos celos, propuso en su corazon el matar á Gazul; pero no le sucedió como pensó, segun adelante diremos, en una escaramuza que ambos tuvieron sobre la hermosa dama Abencerraje. Desta dama se hace mencion en otras partes, y mas en una recopilacion del bachiller Pedro de Moncayo, adonde la llama Celima. Llamáronla así por su lindeza, y porque era estremada en hermosura; pero su propio nombre era Lindaraja, por ser Abencerraje. Adelante se tratará della y de Gazul, después de la violenta y cruda muerte que se dió á los Abencerrajes por la traicion que les levantaron.

Y tornando á la historia, siendo la mayor parte de la noche pasada en danzas, bailes y otros regocijos, y habiéndoles hecho el rey mucha honra á Abenámbar y á los justadores, les mandó ir á reposar. La noble y hermosa Fátima dió todos los retratos á las damas cuyos eran, pasando entre ellas muchos donaires y gracias, quedando muy obligadas á la triunfadora por la magnificencia que con ellas habia usado. Despedidos del rey los caballeros, se fué cada uno á su casa, y asimismo las damas que no eran de palacio. Albayaldos no pudo reposar el resto de la noche, y tomando la mañana salió del Alhambra á aguardar á Malique Alabéz, y en llegando le dijo: «tarde habemos salido de la fiesta. — Así me parece, dijo Alabéz; pero hoy podremos reposar del trabajo pasado. — Antes será al revés, dijo Albayaldos, porque ayer vestisteis gala de brocado y seda, y hoy conviene vestiros de pelea con las duras armas. — Pues ¿por qué causa, dijo Alabéz? — Porque tengo desafiado para hoy al maestre de Calatrava, y hemos de escaramucear en la Vega, y os he señalado por mi padrino. — Pues con tal caballero teneis aplazada escaramuza, plegue al santo Alá que os vaya bien con él, aunque yo lo pongo en duda, porque es muy diestro y

experimentado en las armas; y puesto que me habeis recibido por padrino, vamos en buen hora, y por la real corona de mis antepasados, que me holgaria que viniésemos con victoria del desafio. ¿Y el rey sabe esto? — Yo entiendo que no, respondió Albayaldos, si no es que se lo haya dicho Muza, porque estuvo presente en nuestro desafio. — Sea como fuere, sépalo ó no, vamos temprano, dijo Alabéz, y sin que el rey ni nadie le entienda, salgamos á la Vega á vernos con el maestre. ¿Y el maestre señaló padrino? — Si, dijo Albayaldos: á don Manuel Ponce de Leon. — Si así es, vive Alá que no podremos dejar de venir él y yo á las manos, porque ya sabeis la escaramuza que tuvimos, dijo Alabéz, y él tiene mi caballo y yo el suyo, y quedó concertado que cuando nos viéramos otra vez daríamos fin á la escaramuza. — No os dé pena eso, dijo Albayaldos, que confianza tengo de que vengamos victoriosos. Alabéz dijo: «vamos á alistar nuestras armas, y á ponernos como conviene, que importa partirnos luego.»

Con esto se partieron los dos valientes guerreros, y aderezaron lo que les convenia para la pelea, y una hora antes del día se partieron de la ciudad muy secretamente, por no ser de nadie conocidos, y se fueron por el campo de Arbolote, lugar que es dos leguas de Granada, para de allí ir á la fuente del Pino, donde quedó tratado entre el maestre y Albayaldos que se habian de juntar. El sol empezaba ya á alumbrar el mundo, y con la hermosura de sus rayos á dar ser á las inclinadas rosas y yerbas con el peso del rocío de la noche, cuando los dos valerosos moros llegaron á la villa de Arbolote, y pasando sin parar, se fueron á la fuente del Pino, tan nombrada y celebrada de todos los moros de Granada y su tierra; y seria una hora salido el sol cuando llegaron á la fresca fuente, la cual cubre una hermosa sombra de un pino, que por eso tenia la fuente aquel nombre. Llegados allí, no vieron a nadie, y apeándose de los caballos colgaron las adargas en los arzónes, y armaron sus lanzas, y sentándose junto á la fuente se refrescaron en la cristalina agua, y empezaron á tratar de cómo no venia el maestre, y por qué seria su tardanza. Dijo Albayaldos: «mas, si nos hiciere burla el maestre, y no viniere? — No digais eso, dijo Alabéz, que el maestre es buen caballero, y no dejará de venir, que aun es muy de mañana;» y diciendo esto vieron venir dos cristianos, muy bien puestos, con lanzas y adargas, en dos feroces caballos, y ambos de pardo y verde, y plumas de dos colores; conociéronlos luego en que se divisaba en medio de la adarga una cruz roja que campeaba en blanco. El otro caballero también tenia en su adarga otra cruz diferente, porque era de Santiago. «¿No os decia yo, dijo Alabéz, que el maestre no tardaria? Mirad si es cierto.»

Estando en esto llegaron los dos valerosos guerreros, flor de la cristiandad, y saludaron á los moros, y dijo el maestre: «á lo menos hasta ahora somos perdidosos, pues no habemos venido primero. — Poco importa, respondió Albayaldos, que no consiste en eso la victoria.» Estando en esto relincho el caballo del maestre, y mirando los cuatro caballeros al camino de Granada, vieron venir por él un moro á todo correr de su caballo: venia vestido de marlotá y capellar naranjado, y en una adarga azul un sol en negras nubes que parecia oscurecerlo, y en torno de la adarga unas letras rojas que decian: *dame luz, ó escóndete*. Atentamente fué de todos mirado, y de Albayaldos y Alabéz conocido, que era el valeroso Muza; el cual como supo que Alabéz y Albayaldos habian salido de Granada al cumplimiento del desafio, partió á la costa de la ciudad por si pudiera evitar la escaramuza, ó cuando no hallarse en ella, y en llegando, les dijo: «bien entendíades, caballeros, que habiais de hacer aquesta escaramuza solos; pues por Alá santo, que le he dado la priesa posible á mi caballo por hallarme en ella, y mi principal

intento ha sido venir á suplicaros, caballeros esforzados y valientes, que os sirvais de no ir en la prosecucion del desafio, por hacerme merced, pues no hay urgente causa. ¿Qué provecho sacareis en matar uno al otro, ó por desgracia que mueran ambos? Ea, caballeros, no permitais que falte del mundo ninguno de vosotros. Ambos sois mis amigos, y cualquiera desgracia que suceda á uno de vosotros, ó á los dos, me lastimará en el alma. No consintais que mi venida y ruego sea en vano. Esto pido muy encarecidamente á los dos, y en particular al maestre: y dando fin á sus razones Muza, respondió el maestre: «por cierto, noble Muza, que por daros gusto y pedirme lo con tanto encarecimiento, y por la mucha amistad que os tengo, haré de mi parte todo lo que me pedis, y yo alzo la palabra puesta del desafio, y no trataré mas dél, como quiera Albayaldos y sea su gusto, porque á no serlo, no soy el todo, sino parte, y esa rindo á vuestra voluntad. — A gran merced tengo la que me haceis, y no esperaba yo menos de un caballero tan principal como vos sois, señor maestre. Y vos, señor Albayaldos, ¿no me hareis merced que cesese ese rencor?» Albayaldos respondió: «señor Muza, tengo tan presente la sangre vertida de mi primo hermano, por la violencia del penetrante hierro de la lanza del maestre, que no me da lugar á que haga lo que me mandais, aunque de cierto supiera morir á sus manos. Y si muriera yo en esta escaramuza, será honrosa mi muerte; y si yo venciere y matare al maestre, todas sus glorias serán mias, y en lo que he dicho estoy resuelto.»

El fuerte don Manuel Ponce de Leon no gustaba de tantas arengas, y así dijo: «caballeros, gusto es del señor Albayaldos vengar la muerte de su primo; no es menester sino que se ponga en ejecución. El señor Alabéz y yo quedamos concertados de dar fin á una escaramuza que tenemos empezada, y pues hoy viene á coyuntura, pelearemos todos, y Muza será padrino de los cuatro.» Alabéz dijo: «bien concertado está; no aguardemos á mas conversacion, no se nos vaya el tiempo en balde, y sean las obras mas que las palabras; junto, si hay lugar, y gustais dello, señor don Manuel, querria que me dieseis mi caballo y recibieseis el vuestro, y empeemos la escaramuza. — No quede por eso, dijo don Manuel, dadme ese, y aqui teneis el vuestro, que bien os sé decir que antes de mucho serán ambos de uno de los dos.» Y diciendo esto destracaron los caballos, y cada uno quedó contento con su prenda.

El bravo Muza, visto que no habia podido alcanzar lo que pretendia, se previno para el oficio que le habian señalado. El maestre llevaba en torno de su adarga unas letras rojas, así como la cruz, que decian: *Por esta morir pretendo*. Don Manuel llevaba por la orla de su adarga otra letra que decia: *Por esta y por la Fe*. Malique Alabéz y Albayaldos iban de una librea de damasco azul, marlota y capellar con muchos frisos de oro. Alabéz llevaba en su adarga su acostumbrado blason y divisa, en campo rojo una banda morada, y en ella una media luna, las puntas arriba, y encima dellas una hermosa corona de oro con una letra que decia: *De mi sangre*. Albayaldos llevaba por divisa en su adarga, un campo verde un dragon de oro con una letra que decia en arábigo: *Nadie me toque*. Estaban tan galanes con sus libreas y divisas, que parecia no ir á pelear, y debajo dellas llevaban fuertes armas. Albayaldos encolerizado y muy brioso empezó á menear su caballo y aprestarse para la escaramuza, y á llamar al maestre que viniera; el cual haciendo primero la señal de la cruz, movió su caballo á media rienda, poniendo los ojos en su enemigo con gran diligencia. Alabéz, como se vió con su estimado caballo, como si fuera un Marte arremetió por el campo, y lo mismo hizo don Manuel con el suyo, que en bondad ninguno le escedia: así se trabó entre todos cuatro una escaramuza de las mas bravas y sangrientas que hasta en-

tonces se habian visto. Y no hay que espantarse de la exageracion, pues eran los dos cristianos la mapa de la corte del rey de Castilla, y los dos moros del de Granada.

Albayaldos, viendo muy cerca de sí al maestre, arremetió á él abalanzándose con intento de herirle, de suerte que feneciera presto la escaramuza; pero fué diferente de lo imaginado, porque así como le vió venir tan de rebato, reconoció su intento; hizo que le aguardaba, pero al tiempo de embestir, con mucha destreza picó al caballo haciéndole dar un gran salto en el aire, y retiróse poco trecho por un lado; de modo que el encuentro del moro no hizo efecto, y el maestre revolvió como un pensamiento, y en lo descubierto de la adarga le dió un bote de lanza tan duro, que la fuerte cota que el moro llevaba fué rompida, y la carne abierta con el duro hierro. No hubo áspid ni vibora pisada al descuido del rustico villano, que tan presto fuese á la venganza de su daño, ni embravecido leon con onza que le hubiese herido, como el bravo Albayaldos revolvió á herir al maestre, bramando como un toro, lleno de ponzoñosa cólera; y como le vió tan cerca de sí, arremetió con tanta presteza, que el maestre no tuvo tiempo de usar la primera maña ni destreza; y así el moro le hirió tan poderosamente, que le atropelló la adarga, rompió el fuerte escudo, é hirió mal al maestre. El moro rompió la lanza del golpe, y arrojando el trozo revolvió su caballo para tener lugar de echar mano al alfanje; mas no pudo revolver tan presto como lo imaginó, de manera que el maestre tuvo lugar de arrojarle la lanza porque no se fuese. La lanza fué arrojada antes de tiempo, porque pasó por delante de los pechos del caballo de Albayaldos con tanta furia como si fuera una saeta despedida del corvo arco; de modo que gran parte de la dura asta fué clavada en tierra, y eso á tiempo que el caballo del moro llegaba, el cual andando tropezó en el asta que quedaba retemblando, de suerte que sin poderse valer dió en el suelo. El bravo moro, como vió en tal aprieto su vida, le espoleó para que de todo punto cayese; mas no lo pudo hacer el moro tan presto, que el valiente don Rodrigo no fuese á él con la espada desnuda, y antes que se levantase el caballo le dió de punta una brava herida.

Malique Alabéz volvió el rostro acia donde lidiaban el maestre y Albayaldos, y como le vió en tan notorio peligro, volvió las riendas á su caballo por favorecerle, y dejó á don Manuel, que muy trabada escaramuza tenia con él, y como un águila llegó adonde estaba el maestre, á tiempo que traía el brazo levantado para tornar á herir á Albayaldos, y de través le hirió de un bote de lanza, tan á sobre seguro y á su salvo, que no embargante ser muy mal herido, si no se asiera á las crines del caballo, cayera en tierra sin duda. El moro rompió su lanza con aquella herida que dió, y habia puesto mano á su cimitarra para volver al maestre, cuando don Manuel llegó á todo correr de su caballo por socorrer al maestre que estaba en mucho peligro, y sin duda que allí acabara su vida, y con una emponzoñosa cólera le dió á Alabéz un golpe con la espada, que le quitó el sentido; y aunque fué la herida pequeña, porque le dió casi de llano, con todo eso fué dado con tanta fuerza, que le aturdió, y sin ningun remedio cayó del caballo, y con la caída casi volvió en sí, y reconociendo su peligro, como era de animoso corazon, se quiso levantar; mas don Manuel no le dió lugar, porque habiendo saltado de su caballo, fué á él, y con gran furia le dió otro golpe por encima de un hombro, que le hizo una mala herida. De aquel golpe tornó Alabéz á caer en el suelo, y don Manuel fué á cortarle la cabeza; pero como Alabéz se vió en tal extremo, habiendo recobrado todo su natural acuerdo, puso mano á un puñal que tenia, y con la mayor fuerza que pudo le dió á don Manuel dos grandes heridas, una en pos de otra.

Don Manuel, viéndose tan mal herido, puso mano á una daga que tenia, y levantando el invencible brazo, le fué á cortar la garganta para dividirle la cabeza del pescuezo; mas impidiólo el bravo Muza, que habia estado mirando la escaramuza; y como vió á Alabéz en tal aprieto, fué corriendo, y arrojándose de su caballo, detuvo el invicto y fuerte brazo á don Manuel, diciendo: «señor don Manuel, suplicoos me hagais merced de la vida deste vendido caballero.»

Don Manuel, que hasta entonces no le habia visto ni sentido, volvió la cabeza por ver quién se lo pedía, y conociendo ser Muza, hombre de tanto valor, y viéndose tan mal herido, y recelándose si no otorgaba la vida de tener escaramuza con él en tan mala ocasion, dijo que le placía de hacer lo que le pedía; y levantándose de encima de Malique, aunque con trabajo por estar desangrado y tener penetrantes heridas, le dejó libre. Malique estaba muy de peligro, y sin fuerza para levantarse del suelo, porque se desangraba muy apriesa. Muza condolido dél, le alzó de la tierra, y le llevó á la fuente, dando muchas gracias á don Manuel; el cual mirando el estado de la escaramuza del maestre y de Albayaldos, vió cómo el moro andaba desmayado y para caer, porque tenia tres heridas mortales, una de lanza y dos de espada. El maestre, viendo que don Manuel habia quedado vencedor de un tan buen caballero como Alabéz, cobró ánimo de nuevo, y con una honrosa vergüenza, porque tanto se dilataba su victoria, arremetió con toda furia para Albayaldos, y dándole un golpe muy pesado sobre la cabeza, no pudiéndose ya el moro apartar, malamente herido, dió con él en el suelo sin ningun sentido, quedando el maestre con tres heridas. El fuerte Muza, que vió caído á Albayaldos, fué al maestre, y le pidió de merced que no pasase mas adelante la escaramuza, pues Albayaldos mas estaba muerto que vivo. El maestre se lo concedió, y asignando la mano para levantarle, no se la dió, porque estaba casi privado de su sentido; y llamándole por su nombre, Albayaldos abrió los ojos, y con voz débil y flaca, como quien iba rindiendo el alma, le dijo que queria ser cristiano. Mucho fué el gozo de los dos cristianos; y cogiéndole entre ambos, le llevaron á la fuente, y el maestre le bautizó en nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y le puso por nombre don Juan, y muy tiernamente se despidieron de los dos moros, y le encargaron á Muza cuidase de aquel caballero, porque ellos se iban á curar, que estaban muy mal heridos. «Alá santo os guarde, dijo el afligido Muza, y él querrá que algun dia os pague las mercedes que me habeis hecho.» Los fuertes cristianos se fueron adonde su gente los aguardaba, que era en el Soto de Roma que dicen, por donde pasa el río Jenil, y allí fueron con toda diligencia curados.

Volvamos al fuerte Muza, que habia quedado en la fuente del Pino con los dos moros heridos. Malique Alabéz, ya puesto en todo su acuerdo, y no tan mal herido como se entendia, le dijo á Muza qué era lo que habia de hacer. Muza respondió, que queria aguardar á ver en qué paraba el buen Albayaldos que estaba acabando, y que si él traía unguento, que le curaria de modo que fuese á Arbolote, y que allí se podría curar despacio. Alabéz dijo que mirase en su mochila, que allí habia lo necesario. Muza fué al caballo de Alabéz, y trajo paños y ciertos unguentos para curar heridas, y poniéndole sobre ellas de los unguentos se las apretó con unos paños; y curado Malique subió en su caballo, y se fué á Granada, yendo considerando el valor de don Manuel y del maestre; y tenia pensamiento de ser cristiano, entendiendo que la fe de Jesucristo era mejor y de mas escelencias, y por gozar de la amistad de tan valerosos caballeros como aquellos, y de otros de cuya fama estaba el mundo lleno. Con estos pensamientos llegó á Arbolote, y en casa de un amigo suyo se apeó, donde fué curado de manos de un cirujano esperi-

mentado, donde lo dejaremos por volver á Muza, que quedó con Albayaldos, al cual, aunque se volvió cristiano, no le desamparó, antes procuró de curarle; y desnudándole, le halló tres heridas penetrantes, sin otra que tenia en la cabeza, y viendo que eran de muerte, no quiso curarlo por no darle pena, y le dijo: «¿cuánto me pesa de verte así! Si admitieras mi consejo, no vinieras á este estado.» El nuevo cristiano don Juan abrió los ojos, y mirando al cielo, con las ansias de la muerte decia: «¡oh buen Jesus! ten misericordia de mí, y no mires que siendo moro te ofendi, persiguiendo tus cristianos. Mira tu grandísima misericordia, que es mayor que mis pecados; y mira, Señor, que tú dijiste por tu boca, que en cualquier tiempo que el pecador se volviese á tí, sería perdonado.» Adelante queria pasar don Juan, mas no pudo, porque se le trabó la lengua, y comenzó á revolcarse á un lado y á otro por un lago de sangre que de sus heridas salia, y de la cual estaba todo bañado, que era compasion; y por esto se hizo este romance, que dice así:

De tres heridas mortales,
De que mucha sangre vierte,
El valeroso Albayaldos,
Herido estaba de muerte:
El maestre le hiriera
En batalla dura y fuerte.
Revolcándose en su sangre
Con el dolor que se advierte,
Los ojos mirando al cielo,
Decia de aquesta suerte:
«¡Sírvele, dulce Jesus,
Que en este tránsito acierte
A acusarme de mis culpas
Para que yo pueda verte.
Y tu madre piadosa
Mi lengua rija y gobierne,
Porque Satanás maldito
Mi alma no desconcierte.
¡Oh, hado duro y acerbo,

Si yo quisiera creerte,
No viniera á tal estado,
Ni viniera así á perderme!
El cuerpo doy por perdido,
Que el alma no se me pierda,
Porque confío en las manos
De aquel que pudo hacerme.
Lo que te ruego, buen Muza,
Si en algo has de socorrerme,
Que aquí me des sepultura
Debajo del pino verde;
Y encima pon un lebrero,
Que declare esta mi muerte;
Y le dirás al rey Chico
Cómo yo quise volverme
Cristiano en aquesta trance,
Porque no pueda ofenderme
El fementido Alcorán,
Que pretende oscurecerme.»

Muy atento habia estado el fuerte Muza á las razones del nuevo cristiano, y tanto sentia su mal, que no podia dejar con lágrimas en sus ojos de hacer un tierno sentimiento, considerando el estado en que estaba tan bravo caballero, y las grandes victorias por él alcanzadas contra los cristianos; las riquezas que dejaba, el brio, la valentía y fortaleza de su persona, y la grande estima y reputacion en que estaba puesto; y verle tendido en el duro suelo, revolcándose en su sangre, y sin poder restañar la poca que le quedaba; y acercándose á él para consolarle, viendo como el nuevo convertido hizo señal de la santa Cruz, y la besó, y diciendo *Jesus* rindió el alma á su Criador. Lastimóse tanto de ver al nuevo cristiano muerto, que derramó muchas lágrimas sobre el difunto con el dolor que tenia de la muerte de su amigo; mas visto que el llorar y hacer sentimiento doloroso no hacia al caso, se consoló dejando el llanto, y procuró cómo le podría dar sepultura en aquel lugar tan desierto; y estando así con este cuidado, Dios le socorrió en tal necesidad, para que el cristiano fuese enterrado, y no quedase su cuerpo á las aves en aquel campo; y fué que cuatro rústicos iban por leña á la sierra Elvira con todo recado y azadones para sacar las cepas. Muza se alegró cuando los vió, y los llamó; los cuales vinieron, y Muza les dijo: «amigos, por amor de mí, que me ayudeis á enterrar el cuerpo deste caballero que está aquí, que Alá os lo pagará.» Los leñadores respondieron que de buena gana lo harian; y habiendo señalado Muza el lugar de la sepultura, la abrieron con diligencia al mismo pié del pino; y alzando el cuerpo del caballero le quitaron la marlota y capellar, y desarmándole de las armas que tenia, de tan poco provecho á los agudos filos y temples de la espada y lanza del maestre, y tornándole á poner su marlota y capellar, le enterraron con hartas lágrimas que derramó Muza; y habiéndole enterrado, los leñadores se despidieron, espantados de las mortales heridas del difunto. Muza escribió en el mismo tronco del pino un epitafio, con letra que de todos fuese bien entendida, que decia desta manera:

Aquí yace Albayaldos,
De cuya fama el suelo estaba lleno,
Mas fuerte que Reinaldos,
Ni el conde Palatino, aunque fué bueno.
Matóle el hado ajeno
De su famosa vida.
Envidia conocida
De aquel famoso Marte,
Que pudo tan sin arte
Ponerle el hierro duro,
Por vivir en su cielo mas seguro.

Este epitafio puso Muza en el pino sobre la sepultura del convertido Albayaldos, y derramando lágrimas tomó la fuerte jacerina, casco, bonete y plumas, todas llenas de argentería, y la fina adarga hecha en Fez, y haciendo en todos con el alfanje y trozó de lanza en medio un trofeo, le colgó en una rama del pino, y encima este lebrero:

Es el trofeo pendiente
Del ramo de aqueste pino,
De Albayaldos Sarracino,
De moros el mas valiente
Del estado granadino.

«Si aquí Alejandro llegara
A este sepulcro, llorara
Con mas envidia y mas fuego,
Que lloró en aquel del griego,
Que el gran Homero cantara.

Así como Muza acabó de poner el trofeo con las letras que tengo dichas, y viendo que no habia mas que hacer, subió en su caballo y asió de la rienda al de Albayaldos, maldiciéndole muchas veces, porque por la gran caída que dió fué herido tan mal Albayaldos; aunque después dijo, que bien sabia que aquella causa, ni otra alguna no fueran bastante, sino que estaba ya ordenado del cielo que pasara así, y no podia dejar de suceder. Yendo diciendo estas cosas y otras, aun no habia andado tres millas, cuando vió venir dos caballeros de buen talle: el uno venia vestido con marlota amarilla, capellar, bonete y plumas de la misma color; la adarga era la mitad amarilla y la otra azul, y en el lado azul pintado un sol metido entre nubes negras, y debajo del sol una luna que le eclipsaba, con una letra que decia desta suerte:

Ya se eclipsó mi esperanza,
Y se aclaró mi tormento:
Ajeno soy de contento,
Pues no hay rastro de mudanza.

La lanza deste caballero era toda amarilla, el jaez y adorno del caballo amarillo, y la banderilla de la lanza amarilla. Bien mostraba este caballero vivir desesperado. La letra decia: *Sin remedio de esperanza*. El otro caballero venia con una marlota, la mitad roja y la otra mitad verde, capellar, bonete y plumas de lo mismo; la lanza y la banderilla verde y roja; la adarga, la mitad roja y la otra mitad verde, y en la parte roja unas letras de oro, cortadas con mucho artificio, porque campearan desde lejos, que decian así:

Mi luz no se oscurece,
Antes esclarea el día,
Y egie me causa alegría,
Porque mi gloria mas crece.

Debajo destas letras habia un gran lucero, también de oro, con los rayos muy grandes; y cuando le daba el sol resplandecía de manera que privaba de la vista á quien lo miraba. Muy bien mostraba este caballero vivir contento y alegre, según lo daban á entender las colores de su librea y blason, y señal de su adarga. Venian ambos platicando y caminando de priesa. Muza los estuvo mirando por si acaso los pudiera conocer; mas no pudo conocerlos hasta que estuvieron cerca; entonces fueron conocidos; que el de color amarillo era Reduán, y vestia de aquesta suerte, porque Lindaraja, Abencerraje, le desamaba; el otro caballero de lo rojo y verde era el animoso Gazul, y vestia de aquesta manera, porque Lindaraja le amaba; y los dos venian desafiados sobre quién habia de quedar con la hermosa dama. Maravillóse Muza de verlos, y ellos de ver á él con aquel caballo de las riendas y sin ningun escudero que le acompañase; y en llegando los unos á los otros se saludaron, según su costumbre, y después el que primero habló fué Muza, diciendo: «por Mahoma juro, que me espanto en veros ir á los dos por este apartado camino, y sospecho que vuestra venida no es sin causa, y recibiré gran placer si me dais cuenta della.» Reduán respondió: «mas razon hay de admirar-

nos nosotros en veros venir así solo, y con ese caballo del diestro; y debe de ser la causa que habeis tenido escaramuza con algun caballero cristiano y le habeis muerto, y le quitasteis el caballo. — Yo me holgara que fuera así, respondió el afligido Muza; mas decidme, señor Reduán, ¿es posible que no conoceis este caballo?» Reduán mirándole dijo: «si no me engaño, es de Albayaldos; suyo es de cierto. ¿Su señor dónde queda? — Pues lo preguntais, respondió Muza, yo os lo diré. Sabed que ayer, en el juego de sortija, habiendo corrido el maestre de Calatrava sus tres lanzas, y ganado al mantenedor, Albayaldos entró en la plaza, y porque el maestre mató al rey Mahomad, primo de Albayaldos, desafió al maestre estando yo presente, y quedó que se habian de ver hoy en la fuente del Pino, llevando Albayaldos por su padrino á Alabéz, y el maestre por el suyo á don Manuel Ponce de Leon; y esta mañana fui á palacio, y no vi á Albayaldos ni á Alabéz, y acordándome del desafio, sin dar cuenta á nadie fui por la posta á la fuente del Pino, y allí vi á los cuatro caballeros; hice todo lo posible porque no pasase adelante el desafio, y ya lo habia alcanzado del maestre; pero Albayaldos estaba tan pertinaz, que no quiso sino proseguir la escaramuza. Alabéz y don Manuel tenian antes de ahora comenzada una escaramuza, y por cierta ocasion no fué fenecida, y hoy la quisieron fenecer; de suerte, que padrinos y ahijados riñeron cruelmente, y al fin por caer de su caballo fué muy mal herido Albayaldos, el cual vencido, al punto de su muerte dijo que queria ser cristiano. Alabéz también fué muy mal herido y vencido por don Manuel Ponce de Leon; y si no fuera por mí, allí muriera. Pedile de merced otorgase la vida á Alabéz, y fué tan noble que dejó de matarle y me lo entregó. Yo le apreté las heridas y se vino, y entiendo que está curándose en Arbolote. El maestre bautizó á Albayaldos, y le puso por nombre don Juan, y á poco rato murió llamando á Jesucristo; antes que muriera me rogó muy encarecidamente que le diese sepultura debajo de aquel pino, y así lo hice, y de sus armas hice un honroso trofeo, y lo colgué encima de su sepultura. Todo esto pasa como lo he contado; ahora hacedme placer de decirme adónde vais, por si os puedo servir en algo. — Obligacion hay, dijo Gazul, de daros cuenta de nuestra venida, pues nos la habeis dado deste suceso, y respondiendo á estas cosas, digo que siento en el alma la muerte de Albayaldos y las heridas de Alabéz, por ser dos caballeros en quien el rey tenia puestos los ojos por su valor. La causa de nuestra venida es, que el señor Reduán me trae desafiado, solo porque Lindaraja me ama y á él le aborrece, y para esto vamos á la fuente del Pino por ser lugar apartado.»

Admiróse el fuerte Muza del caso, miró á Reduán y le dijo: «¿pues es posible que querais que os ame por fuerza la dama? Nunca forzoso amor es perfecto. De suerte que si ella quiere á otro, ¿queréis tener escaramuza con quien no os debe nada, y dejais la culpa sin castigo, y poneis la vida en contingencia de perderla? Si ella no os quiere, buscad otra, que abundancia hay de damas, siendo vos como sois un caballero tan estimado en el reino, así en valor de la persona como en bienes y linaje. Por cierto, bien parecería que saliesen á reñir cada dia los caballeros mas estimados por esos negocios, y se matasen; y al tiempo de la necesidad, como cada dia vemos que la hay, por tener los cristianos á la puerta, ¿quién saldria á los rebatos y escaramuzas? Mirad en qué paró Albayaldos por no tomar mi consejo. No paseis adelante, sino volvamos á Granada. Bien sabeis, señor Reduán, que yo amaba á Daraja, y á los principios me hizo favores, cuantos á hombre se le podian hacer; y sin causa, solo por su gusto me aborreció, y puso los ojos en Zulema Abencerraje. Cuando ví de cierto que no me queria, aunque luego lo senti mucho, procuré olvidarla, y me consolé considerando que no hay veletas de torres tan mudables como ellas. ¿Fuera bueno

que la ingratitud que Daraja usó conmigo me la pagara Zulema y le matara, no teniendo culpa? Disparate fuera muy grande. En lo que me vengo de Daraja es en no mirarla, y en hacer á mi dama mil ofensas en presencia de ella, y esta es mucho mayor venganza que si la matara. Por vuestra vida, muy esforzado Reduán, que cesen todos vuestros rencores, y nos volvamos á Granada.»

Con esto cesó el valiente Muza, y Reduán respondió diciendo: «es tan grave mi tormento, y tan grande el infierno que arde en mis entrañas, que no me deja reposar, porque de noche arde en mi pecho un Mongibelo, y de día me enciende un volcán, sin cesar de abrasarme, de modo que, para mitigar el fuego en que me abraso, no aguardo sino la acerba y cruda muerte. — Quiero preguntar, señor Reduán, dijo Muza, qué remedio pensáis sacar después de muerto de todos vuestros males. — Descanso, respondió Reduán. — Y sepámos, dijo Muza, si acaso en la escaramuza que pretendéis hacer, matais á Gazul, y averiguadamente la dama os aborrece mas; y si por haberla privado de su gusto, y por vengarse de vos pone los ojos en otro, ¿le habeis de matar también? — Ahora querría acabar esta escaramuza, respondió, que después el tiempo me dará orden á lo demás.»

Visto Muza que se iban, y que no había podido reducir á la razón á Reduán, se fué con ambos, con esperanza de aplacar la escaramuza; y tan buena priesa se dieron á caminar, que en breve tiempo llegaron á la fuente del Pino; y en parando, Muza ató al pino el caballo de Albayaldos, y les enseñó el sepulcro, y de nuevo volvió á rogar á Reduán que no prosiguiese en su intento, y que dejase aquella empresa, que no importaba. Reduán, sin responder palabra, dijo á Gazul: «ea, robador de mi gloria, ahora estamos en parte donde se ha de acabar de perder mi esperanza.» En diciendo esto, empezó á escaramucear por lo llano, y á llamar á Gazul que viniera á la escaramuza. Gazul, enfadado del arrogante contrario, como quien pretendía privarle de todo punto de su bien, y frustrarle la esperanza que tenía de gozar á Lindaraja, sin hacer flores de escaramucear, en un momento se juntó con Reduán con una ardiente cólera, y se comenzaron á dar tan terribles golpes de lanza, que era admiración. Reduán rompió á su contrario la adarga y jaco, y le dió una pequeña herida, de la cual salía mucha sangre. Gazul, viéndose así herido á los primeros golpes, para vengarse aguardó que Reduán se ladease con el caballo para herirle en el descubierto; y sucedió como lo imaginó, porque Reduán quiso volver con otro golpe, y fué rodeando para ejecutarle, y se le acercó cuanto pudo. Luego que Gazul le vió tan cerca arremetió su caballo con tanta presteza, que cuando Reduán entendió escaparse del encuentro, ya lo tenía recibido, y no tuvo lugar sino de adargarse por reparar el golpe; pero no le valió ser fina la adarga ni la jacerina, que el hierro de la lanza lo falseó todo, y quedó Reduán mal herido, y retirándose Gazul volvió á herir á Reduán; y él venía con su lanza enristrada, y se encontraron tan fuertemente, que se quebraron las lanzas, y ambos se hirieron en los pechos; y como se vieron tan cerca uno de otro, se abrazaron, haciendo mucha fuerza para sacarse de la silla, y así pelearon gran rato sin poder efectuar su pretensión.

Los caballos, como se vieron tan juntos, alborotándose y dando relinchos, empezaron á morderse, y empuñándose, á pesar de sus señores, volvieron de ancas para hacerse mal con las herraduras; y al tiempo de revolverse, como estaban apretados los caballeros el uno con el otro, de necesidad hubieron de venir ambos al suelo; pero Reduán como mas fuerte se trajo tras sí á Gazul, y quedó debajo. Reduán que se vió en tanto peligro, hizo mucha fuerza con los brazos y pechos, y afirmando los pies en el suelo, dió tales enviones, que desechó á Gazul de encima, y se levantó luego en pié, y lo mismo hizo Gazul, y muy

presto se adargaron; y poniendo mano á sus alfanjes se comenzaron á herir terriblemente, dándose recios golpes, de suerte que las adargas se hicieron pedazos, y quedaron muy mal heridos. El que estaba mas herido era Reduán, porque tenía dos heridas de lanza. Ambos andaban mal heridos, sin reconocerse ventaja en ninguno. Las libreas estaban rotas por el suelo y las armas descubiertas, de suerte que cada uno procuraba herir en las partes mas flacas de las armas, para que el golpe no fuese en balde. Los alfanjes eran damasquinos y de muy finos temple, y no tiraban golpe que las armas no fuesen rotas y ellos heridos, y así en dos horas que había que lidiaban, estaban tales, que no se podía esperar sino la muerte de ambos.

Reduán llevaba lo peor de la escaramuza, porque aunque es verdad que era de mas fuerza que Gazul, era mas seguro, y entraba y saltaba mas á su salvo, y hería como quería Gazul, lo cual no hacia Reduán, á cuya causa andaba tan mal herido; mas los golpes que Reduán acertaba, eran muy desaforados. Muy mal heridos andaban los dos, y mucha sangre vertían; lo cual visto por Muza, atendiendo que si la escaramuza pasase adelante, aquellos dos tan buenos caballeros habían de morir, de compasión que dellos tuvo, se apeó de su caballo, y se fué á poner en medio de ambos, diciendo: «señores caballeros, hacedme merced que no pase adelante la escaramuza, porque si proseguís, me parece que ambos morireis.» Gazul se apartó luego, y el valeroso Reduán, aunque contra su voluntad se hubo de apartar, considerando que Muza era hermano del rey; y apartados los curó Muza, y apretó las heridas, y subiendo en sus caballos, tomó Muza del diestro el de Albayaldos, y se fueron á Arbolote; y serían las cinco de la tarde cuando llegaron, y preguntando por Alabéz, le hallaron mal herido en una cama, curado con gran diligencia por un buen maestro que allí estaba. Luego los dos caballeros Reduán y Gazul también fueron puestos cada uno en su cama, y curados por aquel cirujano, y los regalaron y proveyeron de todo lo necesario. Mucho se admiró Malique Alabéz viendo á Gazul y á Reduán tan mal heridos, porque ambos eran muy grandes amigos suyos. Ahora los dejaremos curando, y ya hechos amigos, y volveremos á contar de Granada, y de algunas cosas que en ella sucedieron el día siguiente que pasaron estas dos escaramuzas.

CAPITULO XII.

En que se da cuenta de una pendencia que los Zegries tuvieron con los Abencerrajes, y cómo estuvo Granada á punto de perderse.

Puestos los caballeros en cura, partió Muza á Granada, llevando el caballo de Albayaldos consigo, y puesto el sol llegó á la ciudad; y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar por no ser conocido, y así llegó al Alhambra á hora que el rey su hermano se sentaba á cenar; y apeándose, dió los caballos á uno de la guardia, y se entró en el real aposento. El rey se maravilló de verle venir de camino, y le preguntó dónde había estado aquel día. Muza le dijo: «señor, cenemos, y después os diré cosas de que os admireis.» Cenaron, que bien lo había menester Muza, y acabada la cena contó por estenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabéz, y la escaramuza de Gazul y Reduán, con lo cual fué el rey muy suspenso, y sintió la muerte de Albayaldos; y el día siguiente se publicó por la ciudad, y todos hicieron mucho sentimiento, y en particular su primo Aliatar, que juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida.

Todos los caballeros fueron á darle el pésame á Aliatar; los primeros fueron los Zegries, Gomeles, Venegas, Mazas, Gazules y Bencerrajes, y otros muy principales caballeros de la corte, y á la postre fueron Alabeces y Abencerrajes; y puestos todos en sus asientos, como en casa de un principal caballero, después de haberle dado el pésame, se trató si sería bueno hacer por él el debido senti-

imiento, como por semejantes hombres se suele hacer. Para esto hubo grandes pareceres, porque unos decían que no, por cuanto siendo Albayaldos moro, al tiempo de su muerte se volvió cristiano. Los Venegas decían que no importaba eso; que sería bien que sus deudos y amigos hiciesen sentimiento, así por los unos como por los otros. Los Zegries decían, que pues Albayaldos se había vuelto cristiano, que no se holgaria Mahoma de que ellos hiciesen sentimiento, porque se había apartado de su secta, y esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrajes decían que el bien que se había de hacer fuera por amor de Alá, y que si Albayaldos se había vuelto cristiano á la hora de su muerte, que aquel secreto solo Dios lo sabia, y que no por esa causa se dejase de hacer el debido sentimiento. Un Zegri llamado Abenámár dijo: «ó el moro moro, ó el cristiano cristiano: dígoles, porque en esta ciudad hay caballeros que cada día envían limosnas á los cautivos cristianos que están en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer, y son los caballeros que digo los Abencerrajes. — Decís verdad, dijo Abinhamad, Abencerraje, que todos nos preciamos de hacer bien á los cristianos y á cualquier necesitado, porque los bienes los da el santo Alá para hacer bien por su amor; pues los cristianos dan limosnas á los moros en nombre de Dios, y por su amor lo hacen, y yo que he estado cautivo lo sé, porque las he visto dar, y á mí me han hecho bien; y en reconocimiento desto yo y mis parientes hacemos la limosna que podemos á los cautivos cristianos, que por ventura lo estaremos nosotros algun día. Y á cualquier caballero que le pareciere mal, es muy ruin, y si tiene poco de caridad; y tóquele á quien le tocare: cualquiera que dijere que hacer limosna á quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré.»

El valeroso Zegri, ardiendo en saña, por verse desmentido, sin responder alzó la mano para herirle en el rostro al Abencerraje, el cual reparó el golpe en el brazo izquierdo; pero no fué tan bueno el reparo, que por eso dejase el Zegri de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, de lo cual se sintió el Abencerraje, y rabioso como un león hircano, en viva cólera ardiendo, puso mano á la daga, y antes que se moviera un paso el Zegri, le dió dos puñaladas, ambas penetrantes: al momento cayó muerto á los pies del Abencerraje. Otro caballero Zegri embistió al Abencerraje para herirle con un puñal; pero no pudo, porque con gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerraje, de modo que el Zegri no pudo hacer lo que pretendía, y el animoso y esforzado Abencerraje le dió una herida en el estómago, con la cual cayó muerto. Los Zegries que allí había, que eran mas de veinte, pusieron mano á las armas, diciendo: «mueran los traidores Abencerrajes.» Los Abencerrajes se pusieron en defensa. Los Gomeles fueron en favor de los Zegries, y serían mas de veinte, y con ellos otros tantos Mazas. Lo cual visto por los Alabeces y Venegas, fueron en favor de los Abencerrajes, y entré estos seis linajes de caballeros se comenzó una revuelta brava y reñida, que en muy poco tiempo fueron otros cinco Zegries muertos y tres Gomeles, y dos de los Mazas, y en estos tres linajes hubo caídas heridas. De los Abencerrajes no hubo muerto, mas hubo diez y siete heridos: á uno le cortaron un brazo á cercén. De los Alabeces murieron tres, y hubo ocho muy mal heridos. Algunos Venegas salieron heridos, y dos muertos. Mucho mayor fuera la desgracia, si Aliatar y otros caballeros no se pusieran en medio; y algunos de los que ponían paz salieron heridos. Con esta riña, que parecía hundirse Granada, salieron todos á la calle continuando su pendencia; pero como los moros que ponían paz eran muchos, y de mucho valor, que eran Sarracinos, Bencerrajes, Gazules, Almohades y Almoradis, tanto hicieron que los pusieron en paz, aunque con dificultad, porque los de la pendencia eran muchos, y había muertos de por medio.

El rey Chico fué avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fué adonde era la cuestión, y aun no estaba de todo punto el negocio acabado. Los caballeros de la pendencia, así como reconocieron al rey, se apartaron, y se fué cada uno por su parte. Hecha la averiguación del caso, mandó prender á los caballeros Abencerrajes, les dió por cárcel la torre de Comares, y á los Zegries mandó poner en las Torres-Bermejas, á los Gomeles en la Alcazaba, á los Mazas en el castillo de Bibatambien, á los Alabeces en la casa y palacio de Generalife, y los Venegas en una torre fuerte de los Alijares; y el rey muy enojado se subió al Alhambra, diciendo: «por Mahoma juro, y por mi corona, que he de apaciguar estos bandos, con quitar seis cabezas á cada linaje.» Los caballeros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados; y si hacia cualquier castigo, se alborotaría la ciudad, y aun todo el reino, y habría un escándalo, que quisiese luego remediarlo y no pudiese; que lo mejor sería hacerlos amigos, á cuyo trabajo y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algun tanto el rey con lo que dijeron los caballeros, les encargó que hiciesen con brevedad las amistades.

Hicieron tanta diligencia los Aliatares, Bencerrajes y Almoradis, que en espacio de cuatro días todos los caballeros que riñeron fueron amigos, y las muertes perdonadas, llevando las justicias gran cantidad de dinero para la cámara real. Esto pasado, soltaron á los presos, cuando los Zegries muy lastimados apellidaron entre ellos venganza de tanto daño y deshonra, y para contrastarla se juntaron un día todos los Zegries y Gomeles en un jardín muy deleitoso de una huerta junto á Darro, y después de haber comido todos á una mesa, estando sentados por su orden, un caballero Zegri, á quien los demás respetaban por mayor y cabeza dellos, hermano de aquel Zegri que mató Alabéz en el juego de cañas; comenzó á hablar, mostrando grande tristeza, y á decir así: «valerosos caballeros Zegries, deudos y amigos míos, y vosotros los Gomeles, advertid lo que quiero deciros con lágrimas de sangre. Ya sabeis en cuánto se debe estimar la honra: cuánto cuesta conservarla, y que en un instante se pierde; y una vez perdida, no se cobra jamás: dígoles, porque en Granada nosotros los Zegries, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el trono y alteza que podemos desear: el rey nos estima, la ciudad nos ama, riquezas tenemos abundantemente, y estos caballeros mestizos Abencerrajes procuran quitarnos el honor y abatirnos, y nos han muerto á mi hermano; y otros tres ó cuatro deudos, y asimismo de los caballeros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio. Todo esto pide entera venganza; porque si no la procuramos presto, harán los Abencerrajes que no seamos nada, y que nadie nos estime; y para el reparo es menester, por todas las vías y modos que se pudiere, que busquemos cómo seamos vengados, y nuestros enemigos aniquilados y destruidos, porque nos quedemos en nuestra honra permanentes. No se puede hacer por fuerza de armas, respecto que el rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es á ley de caballeros, sino para vengarnos de nuestros enemigos.» Un caballero de los Gomeles respondió: «señor Zegri Mahomad, ordenad lo que conviene, que aquí os seguiremos. — Pues sabed, dijo el Zegri, que he determinado poner mal á los Abencerrajes con el rey, de modo que ninguno viva, diciendo que Albid Hamete, cabeza dellos, cometió adulterio con la reina; y he de atestiguar con vosotros, y habeis de decir que es verdad lo que yo digo, y que á quien nos contradijere se lo daremos á entender; y que los Abencerrajes le pretenden matar y quitar el reino, y con esto sin duda que el rey los mandará degollar á todos; y dejadme el cargo, que yo daré la orden para ello. Este es mi pensamiento,